

literario, como le acontece en *Ruth*. El tema es hebreo, pero le faltan al poema el color y la abundancia de las imágenes de la poesía que maduró el sol de Siria.

Con la sola excepción de aquellas dos líneas: "Eran sus barbas dos sendas de flores,—su ojo dulzura, reposo el semblante"—el resto no sugiere trigales diversos de los de Chile. En cambio su expresión *lecho baldío* es sugestivamente afortunada. La escena ocurre en los campos de Booz, cerca de Betlehem. Ruth ha venido de Moab a la Judea. Está en su plenitud la cosecha de las *cebas*—como Cipriano de Varela lo dice en su clásica lengua—pero uno se pregunta por qué la poetisa para dar el color local ha echado mano de un sol *caldeo* cuando la verdad geográfica es igualmente poética, o más aún, pues que ha podido decir un sol de Siria o un sol hebreo, a fin de no asociar dos tan distantes regiones como la Caldea y la Palestina en este idilio que se desenvuelve en un breve campo hacia el sur de Jerusalem.

En *Booz dormido*, Víctor Hugo, que agobió de esplendores el mismo tema, se permitió aún crear un nombre geográfico, Jerimadeth, y estaba en su derecho. El poeta no pretendió historiar sino crear un ideal idilio oriental. Quizás si el sol *caldeo* de la Mistral sólo intentó sugerir lo *cálido* o *caldeante* de aquel sol de Siria. Sería entonces del crítico el error.

Hay una verdad trascendente que no es la exactitud. Es como la verdad del principio, diferente de la exactitud del fenómeno concreto. Hay la verdad del artista y del filósofo que no es la exactitud del químico, la verdad integral de la naturaleza que no es la precisión decimal del matemático. La exactitud del fotógrafo no es la verdad inspirada del artista, la cual suele ser más verdad por su eternidad y su belleza que todas las meticulosas y versátiles aproximaciones de la ciencia. Mas si no se halla en juego una de esas revelaciones del vidente que justifican cualquier violencia hecha a la historia, entonces la exactitud puede añadir una cuarta hoja al trébol.

Pero de polvo, y de ceniza, y de lágrimas amasó el perdurable encanto de su obra de genio. En alguna que otra antología quizás sobrevivan sus temas literarios. No así los poemas que surgieron de su corazón de Medea, porque ellos vinieron al mundo ya preparados con el bálsamo que confiere larga duración. En este volumen les ha comprendido en la sección que llamó *Dolor*.

Evidente es para mí que otros poemas de su colección se compusieron en aquel período de divina borrasca, y a ratos me ha parecido descubrir en ellos la misma significativa uñada. Sin embargo, carecen del mérito que exalta los que integran aquella sección.

Es algo más que su realismo visionario lo que les instila ese elixir de larga vida que para mí representa su genio: es su corazón, es su intuición de mujer, es su valor

para expresar su apasionado sentimiento en una lengua no permitida a la mujer de nuestra raza en nuestro continente. En España la Condesa de Pardo Bazán se permitió el uso de aquella lengua que también hablaban la Celestina, la Garduña o la Lozana. Pero lo hizo de una manera más objetiva, al modo de Zola, para describir un naturalismo sensual que no era suyo, sino de sus criaturas. La Mistral, por el contrario, exprime sus propias emociones de un realismo limpio y sano, por más que deje comprender la intensidad de su pasión. Las muchas poetisas americanas del siglo diecinueve hablaban de sus amores como a la sombra de las alas de los ángeles. La Mistral desde *El encuentro* se turba, se asombra y tiene su cara con lágrimas, lo que es ya la ominosa intuición de su destino. Después del encuentro desde que le vio cruzar su *Dios la vistió de llagas* y le reveló su genio. Desde entonces toda ella es un campo de amor y de combate. Su lucha contra el amor es de hoja contra el viento. Sólo tiene un posible éxito: todo su ser aposento será del amor, y cuando el amante le tiende su "brazo cálido" no sabe ella rehusarlo y sigue sus pasos, a sabiendas de que ello parará en morir. Ante él es ella el surtidor inerte, a causa de su "callar atribulado, más atroz que el entrar en la muerte". Calla de plenitud, de trágica plenitud que estallará en un instante de *Éxtasis*, cuando la oracular Voluspa pronunciará las fatídicas palabras del destino que será como una disolución de sangre en lágrimas. Y se arrodilla sumisa, ante los dos amantes, la hora de la *Intimidación*, y la enamorada, que no cesa de ser sibila, ruégale al amigo que no oprima sus manos, que no la bese la boca ni la toque, y encuentra no sé en qué yacimiento de su corazón trabajado por los gnomos de su genio que "el amor—es lo que está en el beso, y no es el labio,—lo que rompe la voz, y no es el pecho:—¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome—el gajo de las carnes, volandero!"

La invisible trascendente realidad del amor de tal manera ha florecido en este poema que no he logrado nunca leerle sin experimentar la profunda emoción de belleza que le inspiró. A través del macabro realismo que constituye el tema flota una melodía de espiritual encanto. Marcelina Desbordes Valmore, con su apasionada fragancia de azahar vuelve a mí en esta poesía sutil de la postrera estrofa, así como retorna en tantos otros detalles de la primera juventud y de la desolación de la Mistral. La hechicera Marcelina, de cabellera como un sol, que no sabía darse sino fundiendo su destino en el corazón de quien amaba, también fué traicionada por aquel hombre que maravilló su vida, infiltrándole con el amor el divino fuego del genio con que riela en el cielo de las letras de Francia. Ella también, como la Mistral, calló, perdió la voz, al solo escuchar el nombre de quien entrañaba todo el dolor de su hado:

*Ton nom m'en avertit par un trouble imprévu:
Ton ame s'y cachait pour éveiller la mienne.
Je l'entendis un jour et je perdis la voix;*

Je vois le Purgatoire au fond de ma paleur.

Como el de la Mistral, éste no es el encuentro de los ojos, sino el de los corazones. La sensibilidad femenina, exaltándose, móntase como una perla en la luz de un presentimiento. Se anuncia su corazón un fontanar de lágrimas, en cuyos gránulos de sal hay ya un sabor de tragedia.

La diferencia entre estas dos almas que el amoroso infortunio ensalza a la altura del genio es que la Mistral conoció el vengativo filtro de Medea y Marcelina, la que dijo:

*Prends ce coeur, prends ton bien. L'amante qui
l'adore*

*N'eut jamais a t'offrir, hélas! an autre don;
Mais en le déchirant, tu peux y lire encore*

Ton pardon.

Oh! Marcelina en el Eliseo puede flotar del brazo de los bellísimos fantasmas de Antígona y de Cordelia.

Allí se detiene la semejanza entre estas dos mujeres en quienes el amor despertó el genio. Ambas fueron enmuradas en el mismo huerto de los suplicios. La Mistral se rebeló desesperada y, vivo el traidor, le persiguió lanzando tras sus huellas los no-cherniegos buhos de sus pensamientos vengativos; muerto el infiel, de hinojos recitó el *Ruego al Señor* para que perdonase al malvado su traición. Marcelina, como los ruseñores privados de la vista, se remontó entonando más dulcemente la inagotable ternura de sus cantos. Su genio había descubierto una arpa eolia en su alma. La Mistral, no sé si tentada por los encantos de la gloria, escalando los muros de su huerto, lanzóse al mundo, no sin dejar en aquél su genio, como se planta un sauce junto a una tumba. Lo que ahora muestra al Continente es un buen talento literario. Conservo, sin embargo, fe en su credo: "Creo en mi corazón siempre vertido, pero nunca vaciado", porque fué la revelación de su estética nativa. Si bien es verdad que el genio tiene veleidades lunáticas, y suele no conceder más sus citas a quien alguna vez le fue desleal.

Pero cuán magnífico vuelo de imaginación exaltada se despliega en *Dios lo quiere*. Hay aquí el vago misterioso acento de las ceremonias de aquellarre, se oyen como apagándose los ecos de aquellas maldiciones de campesino en la Europa medioeval o en la colonial América; murmulla el embrujamiento de las antiguas baladas, la magia de los romances al tenor de aquel del *Conde Arnaldos*. La muerte no acaba con la forma ni embota la sensibilidad del cuerpo: así la mano estará ahuecada durante diez años para recibir sus lágrimas, las carnes del muerto temblarán hasta que los huesos de la amante le sean espolvoreados sobre la cara. ¡Conjurios de hechicería! El muerto queda a discreción de la amante hechichera, hasta que él haya apurado las heces de su poción de angustia.